

LOS AÑOS TREINTA

EL 4 de marzo de 1929, el Presidente Hoover dijo desde el balcón del Capitolio: «Se avecina una década de gran prosperidad para la nación». Hoover posaba junto a Edison y Ford, la tríada capitolina del optimismo capitalista: el poder democrático, la ciencia, el empresario más representativo de la superproducción y la productividad. Mil novecientos veintinueve: Ramsey McDonald llega al poder en Inglaterra al frente de los laboristas; hay trece, trece hijas de Elena diputadas en el Parlamento británico; Barcelona es el marco de la Exposición Internacional; Pepita Samper es la reina española de la belleza; ¿quién no ha visto «El desfile del amor», interpretado por Maurice Chevalier y Jeannette McDonald? en Pasadena (California) se han instalado cabinas telefónicas al borde de la acera para que puedan llamar los automovilistas; Charles Lindbergh inauguraba la línea aérea Miami-Panamá, pilotando un bimotor anfíbio «Sikorsky»; Alain Gerbault, navegante solitario y ex campeón de tenis, culmina su viaje de cinco años por los océanos del mundo; Margot Moles es el prototipo de la nueva mujer española: esquía, lanza la jabalina, juega al balonmano; Mussolini y el cardenal Gasparri firman el Tratado de Letrán, que pone fin al pleito histórico entre el Vaticano y el Gobierno italiano.

Parece increíble que en este contexto alumbrara aquel jueves, aquel 24 de octubre de 1929. Era un día soleado. De buena mañana, la Bolsa de Nueva York cayó en picado. Cinco mil personas desconcertadas invadieron Wall Street. Su misma presencia era una pregunta: ¿cómo era posible? Y aquella misma noche los suicidas empezaron a lanzarse al vacío desde las más altas ventanas de los rascacielos de Nueva York.

Historia en cuatro dimensiones

El libro se llama 1929-1940. La Gran Desilusión (1). Estamos en presencia de un libro objeto y de una empresa intelectual de equipo, como si se tratara de una superproducción cinematográfica. Y

(1) «1929-1940. La Gran Desilusión». Textos de Juan Marsé, prólogo de J. M. Carandell, dirección de Antonio Rabinad. Difusión Internacional, S. A.



Portada de «Vanity Fair».

VIAJE ENTRE EL SUICIDIO Y LA MUERTE

M. VAZQUEZ MONTALBAN

es que en parte es una superproducción cinematográfica que nos permite oír las palabras de una época tras el óxido de las imágenes y la herrumbre de algunos gestos.

El puntillismo expositivo obliga a una cierta distancia de contemplador de museo para captar

el conjunto más allá de las pinceladas. El brillo de las medias de seda de «Miss América» y el brillo de la chistera de Mussolini cuando firma el Pacto de Letrán, ¿no es el mismo brillo? El miedo de Roosevelt al proletariado, enloquecido y desorientado por la Gran Depresión, ¿no es el mismo

miedo de Hitler ante el proletariado alemán, situado ante el dilema o la nada o Thaelman? Algo unifica lo que aparentemente es tan distinto. Quizá el elemento unificador de la época sea esa Gran Depresión, que terminó para siempre con el optimismo liberal en política y en economía, y que agrandó el fantasma de la revolución mundial a partir del trampolín soviético.

El desfile de las imágenes nos habla de una década inteligente en la que se plantearon casi todos los problemas que hoy aún no tienen solución admitida por las verdades establecidas: libertad y revolución, crisis de la autoridad, liberación sexual, reforma de la familia. Al comienzo de los años treinta, la gran crisis cíclica pareció ser el principio del fin de un viejo orden de cosas que ya no se adecuaban a las exigencias de la realidad, a la necesidad de las mayorías. El descrédito del sistema se encarnaba en esas masas de americanos trahumantes que describe Steinbeck en «Las uvas de la ira», fugitivas de su propia hambre, aturdidas por el despertar del sueño americano. Pero también se encarnaba en esas masas hitlerianas que lanzarán la violencia a la calle, que formarán grupos de choque para que no se hunda un sistema por la debilidad de sus propios basamentos.

Las gentes bienpensantes se dividieron entre los que querían salvar lo viejo tal como estaba y los que querían salvarlo con una drástica restauración previa. Entre los primeros hay que citar a Mr. John Roskob, presidente de la General Motors, que en pleno cataclismo de la depresión declaraba:

«Todo el mundo debería ser rico..., la fortuna está al alcance de todos: 15 dólares invertidos mensualmente en la Bolsa pueden proporcionar en veinte años, gracias a la acumulación de los dividendos, 80.000 dólares, es decir, 400 dólares de renta mensual».

¡El viejo sofista! En cambio, John Maynard Keynes empezó a sacudir la parálisis mental del viejo orden con sus escritos sobre economía. Keynes era un reformista, y, de hecho, el capitalismo no tenía ya entonces otra solución que poner en marcha el proceso de neocapitalismo o entregarse con los ojos cerrados, como los Krupp, a la barbarie salvadora del nazismo.

VIAJE ENTRE EL SUICIDIO Y LA MUERTE

Los héroes de nuestro tiempo

Con decir que hasta en América tenía éxito el comunismo, está todo dicho. «New Masses» ponía en la portada un dibujo expresionista de Lenin extendiendo su brazo reclamo sobre una sórdida geografía industrial. Trece millones quinientos mil parados. Dos de esos trece millones largos de parados eran Bonnie & Clyde. Era una rebelión loca y poética, como los poemas que escribía Bonnie, a veces cargados de premonición.

«Un día caerán juntos
y los enterrarán uno al lado del
[otro.

Para algunos no será motivo de
[pena,

para la ley, de alivio.

Pero para Bonnie y Clyde
será la muerte».

Otra fugitiva, muerta a balazos junto a su amante, Crowley «Dos Pistolas», dejaría este mensaje, escrito con su propia sangre:

«Nací el 13 de octubre. Si muero y tenéis que verme la cara, ondúlame el cabello y maquiladme el rostro. Ponedme un vestido nuevo. Que sea blanco y negro. Pintadme bien las uñas. No me gusta el esmalte que llevo, es demasiado oscuro. Me gusta el rosa pálido. Siempre me gustó ver a todos felices. Siempre me he divertido horrores. Os quiero a todos. Pero más que a todos, a mi Encanto».

El «gangster» era el «bandido generoso», la respuesta individual violenta desde abajo a un sistema que practicaba la violencia estructural en sentido contrario. Dillinger era un héroe popular. «A medida que su gloria aumentaba —escribe el corresponsal de «Crónica»—, Dillinger fue encontrando el apoyo más decidido de los campesinos del Middlewest y, sobre todo, de los últimos indios del Michigan y Wisconsin, que lo consideraban como un «gran mago». A los niños se les ha regalado —y se les sigue regalando— pañoplas con un revólver y una ametralladora de juguete. Este detalle dibuja perfectamente los contornos de una curiosa mentalidad. Y las «girls» de los «music-halls» cantan el himno guerrero del «gangster», que es el mismo que el de la famosa partida de Cartouche:

«Compañeros de los grandes ca-
[minos,
veamos llegar la última etapa».



Bonnie Parker y Clyde Barrow cultivaban su leyenda. Solían fotografiarse después de cada ju-
chota.

«Un día caerán juntos/y los enterrarán uno al lado del otro./Para algunos no será motivo de pena,/para la ley, de alivio./Pero para Bonnie y Clyde/será la muerte». (Poema de Bonnie Parker.)

Para los millones de parados del Universo, el «gangster» no podía contemplarse como un ser antisocial. La angustia por los extensos hundimientos colectivos va a mitificar el papel de los héroes individuales. El fascismo italiano crea el mito del «condottiero», y algo de «condottieros» tendrán los prototipos del «gangsterismo», algo de «gangsteres» los prototipos del fascismo. Ambos sistemas de respuesta, ambos prototipos eran hijos de un mismo desconcierto de una misma angustia irracionalmente resuelta.

«De los ministerios no nos sacarán ya, como no sea convertidos en cadáveres».

Con estas palabras, Hitler introducía en el juego político burgués el fatalismo de la victoria unida a la vida y la derrota unida a la

muerte. Para Chamberlain perder era pasar a la oposición, para Hitler perder era morir matando. Este principio teórico tuvo, cómo no, su ley, y bajo el lenitivo del lenguaje jurídico estaba la llaga de la esquizofrenia teórica.

«1. En Alemania existe como partido único el Partido Obrero Alemán Nacional-socialista.

«2. Quien intente mantener la unidad de cualquier partido político o formar un nuevo partido político será penado con prisión de hasta tres años o encarcelamiento entre seis meses y tres años, a no ser que por infracción de otras reglas incurra en una sanción mayor».

Otro héroe de aquel tiempo, Mussolini, declaraba: «Las pala-

bras pueden ser bellas, pero los fusiles, las ametralladoras, los barcos, los aviones y los cañones son cosas aún más bellas». Concepto muy distinto de la belleza debían tener los etiopes cuando vieron caer sobre ellos las aves de rapiña del fascismo italiano en busca de mágicos imperios transmitidos por la herencia romana. Un redactor de «Crónica» escribió al pie de una fotografía de etiopes en diciembre de 1935: «¡Los aviones italianos llegan! Etiopía no tiene aviación de guerra ni apenas armamento antiaéreo... Por tanto, las escuadras italianas operan, sin riesgo alguno, contra gentes que no se pueden defender y que responden con infelices disparos de fusil al terrible bombardeo con torpedos aéreos y con bombas incendiarias». En cambio, un tal Juan Español y Neutral, corresponsal de «Blanco y Negro» en la conquista de Abisinia, escribía el 16 de abril de 1936: «¡Y esta aviación italiana es un verdadero prodigio de ciencia e intrepidez! He hecho alguna excursión guerrera en el aparato que pilota mi nuevo amigo el capitán de «bersaglieri», a quien a fuerza de buen tirador han pasado a la aviación. Hemos bombardeado campamentos enteros llenos de etiopes, que, apoltonados, compactos sobre los lienzos de arena del desierto, parecían vistos desde lo alto, de muy lejos, unos inmensos trozos de astracán tendidos al sol. Nuestras bombas caían sobre ellos, y el prieto racimo se desracimaba bajo una nube de humo blanco y se dispersaban los guerreros, minúsculos y negros, como si volaran moscas en un estercolero».

Héroes de aquel tiempo. Héroes que habían partido a la conquista de Abisinia bajo el sortilegio de la expresa bendición pontificia.

La caída del corsé

Y sin embargo, el corsé había muerto. No sólo el corsé. Sino un cierto pudor a la antigua, combatido por la higiene y la necesidad de liberar el cuerpo de las prisiones del alma. El nudismo es un fantasma de aquella época, y hasta España llegó de manos de la II República. Un nudismo higienista o artístico, como aquellas fabulosas fotografías de Manessé publicadas por «Crónica».

Una revista de la época decía: «Eva 1935 ha dado fin a la tira-



La exaltación del desnudo.



El miedo de Roosevelt al proletariado enloquecido y desorientado por la Gran Depresión.

nía del corsé, tiranía que por haber durado veintinueve siglos es, sin duda alguna, la más larga de la Historia». Mucha audacia hay en esta incursión en las intimidades de la mujer y de la Historia. Pero en cierta manera, la muerte del corsé era un síntoma más de la liberación de la mujer que irrumpía a través de las formas de vida y de las formulaciones de la sociedad. Más no hay trarrevolución, y la caída del correvolución que no tenga su consé fue aprovechada para crear una lucrativa farmacopea al servicio de la promoción del pecho femenino: «La moda se reconcilia con la Naturaleza. No más siluetas planas ni pechos lacios. Método parisiense. Pecho ideal. Testimonios». Así nos enteramos de que la señorita T. B. ha conseguido aumentar 16 centímetros de tórax en veintidós días y C. B., que vive en la calle del general Porlier, ha conseguido la marca de 21 centímetros en veintiséis días.

Marlene Dietrich se viste de hombre y Greta Garbo se entrega cuando le pasa por sus excelsas narices, ni antes ni después. «Vanity Fair» publica el retrato robot de la mujer ideal de la década, y casi todos los ingredientes los componen mujeres «fuertes», como Joan Crawford, Greta Garbo o Marlene, con algunas gotas de ingenuidad aportadas por Helen Hayes y Joan Bennett, y un cubito de hielo rosa que representa a Norma Shearer.

Pero la mercancía femenina sigue promocionándose. «Miss Mundo», «Miss España», «Miss Europa», «Mis Ojos 1933», «Miss Mantilla Española», «Miss Maitot». Victoria Kent, en vano se desmaquilla y acepta la Dirección General de Prisiones, para demostrar que la mujer tiene acceso a cualquier actividad. Todo conspira para que las muñecas lo sigan siendo, con o sin corsé, desnudas o vestidas. Por eso la propia Victoria Kent se declaraba contraria a que se concediera el voto a las mujeres: «Ese voto le costará la vida a la República».

No faltan mujeres notorias que manifiestan sus predilecciones republicanas. «Crónica» publicó una divertida encuesta en la que las figuras cantarinas del momento eligen a sus políticos del momento. A Tina de Jarque le gusta Indalecio Prieto por guapo. Estrellita Castro se inclina por Lerroux, por simpático y porque viste bien. Para Margarita Carva-

jal nadie como Fernando de los Ríos.

No faltan Marias Pitas al servicio del nuevo tono popular del país. Así, María Luisa Fernández Cuevas se enfrentó a la ITT cuarenta años antes que Salvador Allende. La señorita Fernández Cuevas dirigió la huelga de la Telefónica de 1931. Y desde el trampolín del deporte un nuevo tipo femenino inunda las portadas despertando recelo o conciencias. Las mujeres deportistas de los años treinta ya juegan al fútbol o a hockey sobre hierba, o participan en pruebas ciclistas o en competiciones de aviación. Hitler declaraba que el tipo ideal de alemana tenía un metro de cintura, pero siempre se buscó amantes estilizadas, deportivas y con imágenes que encajaban perfectamente en los cánones visuales del erotismo «burgués».

Los cánones se codificaban en Occidente. «Vanity Fair» declaraba oficialmente cuáles eran los símbolos eróticos de la década: las piernas de Marlene, los ojos de la Garbo, el bigote de Adolphe Menjou, el torso de Weissmuller, el labio inferior de Chevalier, el golpe de bate de Babe Ruths, la musculatura de Jim London, la espalda de Lilyan Tashman, la nariz de Jimmy Durante, los puños de Jack Sharkey, los ligeros pies de Bill Robinson.

Entre Roosevelt y Keynes

Entre Roosevelt y Keynes, anglosajonía preparaba un nuevo proyecto de liberalismo basado en la mayor intervención del Estado, aparentemente como árbitro, en realidad como retaguardia o espina dorsal, de un sistema que se había quedado invertido.

La solución fascista quedaba entonces relegada a un forúnculo burgués que se intentó explicar como hijo de las circunstancias históricas peculiares de las naciones que lo padecieron. Sin duda era hijo de esas circunstancias peculiares, pero también hijo de un sistema mundial capitalista que no dejaba respirar a los países que habían llegado tarde al reparto imperial o habían perdido la guerra de redivisión de 1914. En lo exterior, el fascismo trataba de reajustar el reparto del mundo y en lo interior frenaba la revolución por métodos expe-

Hasta 2.000.000 de pts. a pagar en 10 años

¡así es el nuevo préstamo vivienda* de Bansander!

Disfrute desde hoy su casa propia para toda la vida.

El Banco de Santander, el primero que creó el servicio Préstamo-Vivienda en España, pone a su alcance y desde ahora mismo! una casa de su propiedad... un piso a su nombre.

El Banco de Santander le proporciona ahora hasta 2.000.000 de pesetas, que pueden representar el 75% del valor de la vivienda y le ofrece... ¡hasta 10 años para pagarlo!

Los reembolsos son mensuales, comenzando a abonarse la primera mensualidad a partir de los 120 primeros días. Eso es pensar en todo, para poner a punto su nueva vivienda propia.

TABLA DE AMORTIZACIONES 75% a 10 años (incluidos intereses)

Para pisos cuyo valor se sitúe entre 500.000 y 2.700.000 pts.

Importe Préstamo	Valor Piso	Mensualidad
375.000	500.000	5.155
1.125.000	1.500.000	15.466
1.875.000	2.500.000	25.777

BS **BANCO DE
SANTANDER**
viaje con nosotros al futuro

* una nueva modalidad
de servicio de Bansander para Vd.





Dibujo de «Blanco y Negro», 17 de mayo de 1930.

VIAJE ENTRE EL SUICIDIO Y LA MUERTE

ditivos ante la fragilidad del armamento legal en situaciones de desintegración económica.

Como solución no era tan peculiar. Ni estuvo, ni está, ni estará lejos de nacionalidades que han pasado por tradicionales campeones de la democracia. Lo que sorprende al poder contemplar diez años de Historia a través de todas sus posibles imágenes es cómo el dolor puede coexistir con la alegría, la brutalidad con los conciertos de violín. Lo que sorprende es el destape erótico junto a la ocultación de la razón, el racionalismo investigador del Bauhaus junto a la condena nazi del arte moderno como expresión de la decadencia occidental. Sorprende que en un mundo lúcido, inteligente, tan autoconsciente y ya bien comunicado, coexistan el doctor Goebbels y Pablo Ruiz Picasso, la pesadez de un documental como *Olimpiada* junto a la informalidad rebelde de *Le chien andalou*. Alimentados por el mismo aire, los verdugos y las víctimas, los locos y los cuerdos, cuando ya las distancias no existen y la palabra puede unir la A con la Z, Washington con Melbourne.

Si acercamos más los ojos vemos que Chamberlain da la mano política a Hitler, como quien no quiere. Y que los industriales ingleses pasan dinero al partido nazi. Vemos que el miedo al mundo destruido por Picasso crea el vértigo que estimula al artista

nazi a recuperar el peso de las cosas y sus imágenes. Los años treinta no son, pues, diferentes a los veinte, o a los diez, o a los noventa. El cambio se presenta con su razón y su poder, y el miedo al cambio se revuelve a veces con su verdadero rostro de paralítico, a veces tratando de disfrazarse de cambio con movimientos fingidos, epilépticos. Pero sí podemos percibir un cierto aroma o una cierta pátina de época. De alguna manera los años treinta tienen un carácter, sobre todo en el talante de las gentes, en su actitud ante la vida.

Generosidad, pasión, entusiasmo, romanticismo en suma, rasgos que necesitaron las grandes tragedias de aquel tiempo para que resultara profundamente modificado el talante del siglo.

La guerra civil española, la guerra mundial. La primera fue un «test» ampliamente contestado por el mundo entero. La segunda era la muerte cerrando una época que había nacido bajo el signo del suicidio.

En las aguas del Ebro español, en las aguas del lento Rhin de la derrota iba el tacto de una década. Un tacto que ahora recuperamos mediante el recordatorio de la palabra y la imagen de esta auténtica superproducción en la que Marsé ha puesto su talento de irónico ruinólogo; Carandell, su nostalgia de romántico nacido tarde, y Rabinad, su amor a los contactos furtivos. ■ M. V. M.

LA FUNCIONARIZACIÓN DE LAS PROFESIONES LIBERALES: EL PROYECTO DE LEY SOBRE LOS COLEGIOS PROFESIONALES

«Parece ser —escribía Pozuelo en estas páginas hace algunos días—, que la mejor Ley de Prensa es ninguna Ley de Prensa». Pero lo grave es que en España no sólo existe una Ley de Prensa, puntualizaría yo oficialmente. Junto a la Ley existe un considerable número de disposiciones que la reglamentan, desarrollan y complementan, hasta el punto de que puede hablarse de un verdadero Derecho de la prensa, extenso y alambicado, en el que ha tropezado más de una publicación.

Nada digamos, por poner otro ejemplo significativo, del Derecho que disciplina la actividad sindical. Ahí sí que la normativa es un verdadero enjambre, con sus propios conceptos (así, el «silencio sindical», que sustituye al ya familiar «silencio administrativo»), con su jurisdicción privativa (la contencioso-sindical), con instituciones, recursos y órganos propios, que componen un mundo proteico y, en mi opinión, artificioso.

Nadie, creo, hubiese sospechado que del reconocimiento en otros tiempos del derecho a la libre expresión de las ideas o del derecho de los trabajadores a sindicarse libremente, se pasase a una situación como la actual, en la que los mecanismos, instancias y controles se solapan y entrecruzan, de forma ininteligible.

Les ha llegado el turno, al parecer, a los Colegios profesionales. No creo que tenga excesivo interés destacar o criticar en esta revista tal o cual aspecto del proyecto de Ley aprobado por el Gobierno, ni siquiera alguno de sus preceptos más polémicos, como el que impone a los representantes de los profesionales el juramento de los Principios Fundamentales del Movimiento. Mayormente creo que interesa fijarse en el hecho en sí de que, precisamente en estos momentos, se dote a los Colegios profesionales de una Ley que, lejos de colaborar a la solución de sus problemas, entendiéndolos que viene a plantearles nuevas e innecesarias complicaciones. Con Pozuelo, creo que el mejor proyecto de Ley sería ningún proyecto de Ley.

Sin embargo, desde el punto de vista del Poder, las cosas se presentan de otra manera. Desde esta perspectiva, el proyecto, que en buena medida parece que persigue funcionalizar o burocratizar a los profesionales hasta ahora llamados liberales, tiene unas considerables ventajas: la burocratización, de acuerdo con la Ley de Parkinson, puede ser una fuente de ilimitadas posibilidades de autoenredo de los miembros de los Colegios

profesionales en problemas artificiosos.

No cabe duda de que la respuesta del Gobierno a los crecientes problemas que políticamente le planteaban algunos Colegios profesionales será mucho más elaborada que la que algún ministro proponía no hace mucho. En efecto, hablando no sé si al Colegio de Decoradores o al de Agentes de la Propiedad Inmobiliaria, afirmaba que aquellas Corporaciones profesionales que no cumplieren con sus deberes ante la Sociedad podrían ser disueltas. Estaba entonces demasiado reciente la grave situación creada a los Colegios de Abogados como consecuencia del veto ministerial a varios candidatos a las elecciones del Colegio de Madrid como para que todo el mundo asociase la advertencia al comportamiento de los Colegios de Abogados. Quedó sin precisar en aquella alocución cuáles deben entenderse como deberes de los Colegios profesionales ante la Sociedad. El proyecto de Ley ha clarificado las cosas: si los Colegios profesionales limitan su actividad a fines asistenciales y a reivindicar exclusivas, denominaciones, titulaciones o privilegios en orden a incrementar su prestigio, influencia y remuneración de sus miembros, cumplen sus deberes ante la Sociedad, que espera de ellos, al parecer, se limiten a ser grupo de presión de intereses propios. Por el contrario, la reivindicación, por ejemplo, de aquellas condiciones que garanticen la libertad e independencia en el ejercicio profesional sería una reivindicación anti-social que, por tanto, ha de quedar proscribida. Contra este segundo tipo de reivindicaciones, el proyecto de Ley arbitra técnicas expeditivas de control, especialmente a través de la generosa posibilidad de anulación de los acuerdos de los Colegios por parte de los ministros que ejerzan la tutela de aquéllos.

En términos sociales, no veo qué ventajas puede tener la funcionarización de los Colegios profesionales, ni tampoco el robustecer sus atribuciones y prerrogativas. Si comprendo las razones políticas del Poder para perseguir tales designios; pero se trata de razones de puro control político, que no entiendo cómo pueden conciliarse con afirmaciones tales como que en los Colegios profesionales «no se debe hacer política».

El proyecto de Ley, pues, es en sí rechazable, a juicio de las Corporaciones profesionales, que ya se han pronunciado sobre la cuestión. La polémica acaba de ponerse en marcha. ■ ANTONIO ALONSO-LASHERAS.